



ACERCAMIENTO A LA HISTORIA DEL LIBRO, LA LECTURA Y LOS LECTORES

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo

Departamento de Historia Universal
Universidad de Los Andes, Venezuela
marl@ula.ve

*“...y el oro de la escritura
nacerá de lo insignificante...”**

Hace unas cuantas décadas atrás éramos estudiantes de la Escuela de Historia, y recordamos que uno de los problemas que se debatían por los medios de información y alimentaban los debates entre los miembros de la comunidad universitaria merideña, era el de las deficiencias presupuestarias de las universidades venezolanas.

*Pureza Canelo (Moraleja-Cáceres, 1946), “No escribir”. En: Manuel Francisco Reina (editor), *Mujeres de carne y verso: Antología poética femenina en lengua española del siglo XX*. Madrid, La Esfera Literaria, 2001, p. 238.

En ese entonces, el locutor periodista Iván Loscher entrevistó y registró en el libro *Escrito con la Izquierda* (Caracas: Tepuy, 1978) a una de las figuras más inteligentes con las que ha contado el país en mucho tiempo, Alfredo Maneiro, fundador del movimiento político Causa 8, y entre los temas que trataron estuvo aquél. Al respecto, Maneiro, quien también era profesor de la UCV, comentó que los universitarios salían a manifestar “para pagarle las prestaciones a Layrisse”, quien era rector de la Universidad Central en ese entonces.

Más cerca de nosotros en el tiempo, otro venezolano, igualmente inteligente y profesor universitario, José Manuel Briceño Guerrero, en ocasión de dictar una conferencia relacionada con el *Mito de Babel*, comentó que, además de elecciones, disputas por el poder y reclamos laborales, los universitarios también debían ocuparse por debatir sobre problemas del conocimiento como, en su caso, aquel día, el problema de la diversidad de las lenguas que dificulta o reta la comunicación entre los seres humanos y los pueblos.

En tal sentido, como una manera de justificar que un servidor esté ocupando el tiempo del público asistente en este momento, cuando la Universidad, y en el caso de nuestra entidad, también la ciudad, confrontan dificultades presupuestarias concretas que no sólo implican prestaciones, invocamos la reflexión del nombrado profesor de la ULA, para decir que los universitarios también deben mostrar ante la ciudad, ante el país y ante sí mismos la pertinencia de la institución para darles, así, sustento a sus reclamos.

En esta perspectiva, en el propicio contexto de la cuadragésima novena reunión anual de AsoVAC que tiene su asiento en nuestra Universidad y ciudad, no dudamos en aceptar la invitación generosa y gentil que nos giraron las profesoras Roberta Rodolfi y Pilar Figueroa para participar en este Simposio sobre *el placer de la lectura*.

Respecto de ese tema, les ofrecimos hablar sobre algunos aspectos del libro, la lectura y los lectores en perspectiva histórica. Este ofrecimiento, que esperamos satisfacer ahora, lo hicimos no sólo porque es lo que nos compete profesionalmente; ni sólo porque ninguno de ellos puede entenderse en forma aislada; sino también porque nos permite señalar uno de

los muchos horizontes que se han abierto a la investigación histórica, en lo temático, lo procedimental y lo relacionado con los enfoques, en el campo de los estudios históricos.

En primera instancia es necesario hacer mención de:

Algunos de los principales investigadores y las investigaciones sobre la historia del libro, la lectura y los lectores

La llamada “cuarta generación” del movimiento historiográfico francés que se produjo en torno a la revista *Annales* (fundada en 1929), se ha ocupado en innovar aún más los parámetros de estudio, análisis e interpretación en los que les corresponde intervenir profesionalmente a los historiadores, incluyendo así a la historia del libro, la lectura y los lectores.

En tal sentido, Roger Chartier es uno de los principales representantes de esta línea histórico-historiográfica con obras como: *Lectures et lecteurs dans la France d’Ancien Régime* (París: Le Seuil, 1987); *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* (Barcelona: Gedisa, 1996) y *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (Madrid: Alianza, 1993); *Sociedad y escritura en la época moderna: La cultura como apropiación* (México: Inst. Mora, 1995).

También pueden mencionarse otros investigadores en el área, tales como Guglielmo Cavallo, Malcolm Parkes, Jesper Svembro y Armando Petrucci, quienes también se han ocupado del mundo de la lectura y del libro, vale decir,

de las *comunidades de interpretación* propias de la Cultura Occidental, cuyas formas de actividad y parámetros de acción han cambiado en el tiempo. Ellos, junto con Chartier, han producido la obra *Historia de la lectura en el mundo occidental* (Madrid: Taurus, 1997).

Uno de los historiadores que, en España, han seguido esta línea de investigación, ampliada a la época colonial hispanoamericana, profundamente unida a la historia andaluza, es el catedrático de la Universidad de Sevilla Carlos González Sánchez. Éste tiene una importante obra bibliográfica al respecto.

Algunos de los títulos que González Sánchez ha entregado, por sí sólo o en conjunto con otros historiadores son: “Las escrituras del aprendizaje: Aproximación al artesanado sevillano de la segunda mitad del siglo XVII”, publicado en el libro *En torno a la documentación notarial y a la Historia* (Pilar Ostos Salcedo y María Luisa Pardo Rodríguez, coordinadoras; Madrid: Ilustre Colegio Notarial, 1998, p. 143-154); “Un océano de libros: la carrera de Indias en el siglo XVI”, en *La cultura del libro en la Edad Moderna: Andalucía y América* (Manuel Peña Díaz, Pedro Ruiz Pérez y Julián Solana Pujal, coordinadores; Córdoba: Universidad de Córdoba, 2001, p. 233-254); “Ver para escribir: el rey y el relato de las maravillas del Nuevo Mundo”, en *Historia y Perspectivas de Investigación. Estudios en memoria del profesor Ángel Rodríguez Sánchez* (C.A. González S., Coordinador; Mérida-España: Editora Regional de

Extremadura, 2002, p. 329-336); *Los mundos del libro: Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVI y XVII* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1999) y *Grafías del imaginario: Representaciones culturales en España y América; siglos XVI-XVIII* (Coordinador junto con Enriqueta Vilar Vilar; México: Fondo de Cultura Económica, 2003).

Al respecto pueden agregarse otros títulos, tales como: *Orbe tipográfico: El mercado del libro en la Sevilla de la segunda mitad del siglo XVI* (Coautor junto con Natalia Naillar Álvarez; Sevilla, Trea, 2003); “Lección espiritual: lectores y lectura en los libros ascético-espirituales de la Contrarreforma”, en *Grafías del imaginario: Representaciones culturales en España y América; siglos XVI-XVIII* (C. A. González S. y Enriqueta Vilar Vilar, coordinadores; México: Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 543-566); “Las escrituras de las cosas de Indias: Información, poder y representación en el siglo XVI”, en *Mezclado y sospechoso: Movilidad e identidades, España y América; siglos XVI-XVIII; Coloquio Internacional*, 29-31 de mayo 2000 (Gregorio Salinero, Coordinador. Madrid: Casa de Velásquez, 2005, p. 185-208) y “Libros europeos en las Indias del siglo XVIII: Una aproximación desde el tráfico trasatlántico”, en *La formación de la cultura virreinal* (Volumen 3, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana – Vervuert Verlagsgesellschaft, 2006, p. 337-366).

Ahora sí podemos pasar a referirnos al tema central de nuestra intervención.

Las revoluciones del mundo de la lectura, el libro y los lectores

De los estudios de esos autores podemos extraer que, en la historia de la Cultura Occidental, se han producido varias *revoluciones* en relación con la *lectura*, las cuales han involucrado a los libros y a los lectores.

La **primera** de ellas se habría producido hacia finales del siglo V a.C., cuando ocurrió una **demarcación entre el libro destinado a la fijación y conservación de los textos y el libro destinado a ser leído.**

La comunidad de lectores relacionados con los libros para ser leídos procedían a hacer la lectura en voz alta, y quienes la oían eran conocidos también como *lectores*, pues aquella actividad no implicaba solamente una operación intelectual abstracta, sino asimismo una acción corporal y una forma de sociabilidad. No hay que olvidar, además, que esos libros eran todos manuscritos, lo cual, entre otras cosas, significaba que, más que escritos, eran manufacturados, y no eran sólo para ser leídos, sino igualmente vistos, pues contenían color, figuras y formas de distribución en el folio que así lo demandaban.

Adicionalmente debe señalarse que, de acuerdo con lo que revelan los dibujos en algunos vasos áticos, en ellos pueden observarse escenas en las que se descubren libros como textos de uso escolar y otros en los que se muestran sólo hombres leyendo. Todo en contextos de trato y conversación, lo que sería indicativo de que no era una práctica aislante.

La **segunda** habría ocurrido alrededor del siglo XIII d.C. y se dio por la acción de las órdenes mendicantes, las cuales establecieron un **sistema de**

bibliotecas para la lectura y no sólo para acumular los libros como patrimonio. Con ello, sin que desaparecieran de inmediato estas últimas, se inició el **abandono del modelo aislado de la biblioteca** que era propio de las catedrales románicas, para asumir el de las iglesias góticas. En este modelo, los libros se colocaban en una sala alargada con un pasillo vacío al centro y paredes laterales con bancos en filas paralelas en los que estaban encadenados los libros para evitar su robo.

También para esta época se difundió la **práctica de la lectura murmurada y/o silenciosa**, que requirió de la **separación de las palabras en las líneas** para facilitarla. De esta práctica, sin embargo, ya había referencias en la antigüedad: en *Las Ranas* de Aristófanes, por ejemplo, Dioniso dice que “abordo de la nave leía para mis adentros la *Andrómeda*”, obra de Eurípides, la cual fue representada en 413 a.C.

Ello, bueno es advertirlo y recalcarlo, no significó la supresión de la práctica de la lectura en voz alta, para la cual, por cierto, estaban destinadas la mayoría de las *narraciones históricas*.

En la Alta Edad Media, la lectura, que en la Antigüedad griega y romana era designada como *otium* y que se llevaba a cabo en jardines y porches, pasó a ser sustituida por la que se concentraba en espacios cerrados, como iglesias, celdas, refectorios, claustros, escuelas religiosas y cortes señoriales. Solía quedar reservada esta “lectura enclaustrada” a las *Sagradas Escrituras* y obras de “edificación espiritual”.

En los **finales de la Edad Media**, con el resurgir del fenómeno urbano, hubo un renacimiento del libro, la lectura y los lectores, pues las ciudades exigían la apertura de escuelas, en las cuales, si bien **la enseñanza de la escritura estaba separada de la de la lectura**, después pasaron a complementarse, al ser dominante el uso de la lectura para escribir y la escritura para ser leída-declamada.

De esta época es también la **división del espacio-página en dos columnas y éstas en párrafos para, por un lado, facilitar la captación unitaria y visual del discurso, y por otro, hacer del libro un instrumento de enseñanza y aprendizaje.**

En cuanto al uso del libro en las cortes señoriales, éste fue mayoritariamente el “de devoción” y el de entretenimiento, aunque cumplía también la función simbólica e imaginaria de servir de adorno y actuar como símbolo de cortesía, civilidad, vida exquisita, fasto y riqueza. Abundaban, en este sentido, los libros encuadernados con pieles valiosas, telas finas y metales preciosos, encargados a libreros. Aquellos solían ser, en consecuencia, bienes merecedores de figurar en las testamentarias.

Entre los siglos XVI y XIX se produjo una nueva *revolución* del libro, la lectura y los lectores, y estuvo marcada por **la Imprenta**, pues ésta complejizó aún más ese mundo, al agregar el libro impreso al manuscrito, con lo cual **creció, además, la oferta de libros, permitió**

emplear menos tiempo y costo en su fabricación y facilitó la fijación, de forma “uniforme”, los contenidos de los textos. En los países en los que se instaló como empresa la Imprenta de caracteres móviles, como Francia y Alemania, **creció considerablemente el número de los lectores**, sobre todo en el siglo XVIII.

Ello constituyó el fermento ideal para el surgimiento y la difusión del movimiento de la Ilustración, el cual fue acompañado con la **creación de librerías de préstamo circulante y sociedades y clubes de lectura.**

Dos revoluciones adicionales vivió la lectura en el **siglo XVIII: la lectura intensiva y la lectura extensiva.** La novela, con *la Nueva Heloisa, Pablo y Virginia, Tribulaciones del joven Werther, y Pamela o la Virtud Recompensada* como ejemplos expresivos de ella, al ser releída de forma constante, ser aprendida de memoria y ser citada y recitada con emoción y lágrimas incontenibles, fue la mejor muestra de ambas revoluciones que tuvieron en la literatura su principal manifestación.

Sin embargo, hay que señalar que **las estructuras esenciales del libro no se vieron transformadas por la Imprenta y siguió siendo un objeto semejante a sí mismo: formado por diversos folios plegados, unidos en cuadernillos y reunidos bajo una cubierta o tapas de encuadernación.**

Lo que sí cambió fue la lectura, cuando el **llamado libro humanista, de formato mediano, el cual facilitaba su manejo, entró a competir con el libro de banco, el que usualmente era empleado como herramienta de estudio en las universidades y que sólo podía emplearse si se apoyaba en una superficie.**

Inglaterra, Francia y Alemania fueron escenarios destacados en estas revoluciones con el **incremento de la producción bibliográfica, la rápida multiplicación de los periódicos, el abaratamiento del precio del libro gracias a las reproducciones fraudulentas, la proliferación de las sociedades de lectura que facilitaban ésta sin tener que comprar las obras, y el triunfo de los pequeños formatos.**

Los **siglos XIX y XX** fueron también escenarios de estas revoluciones con la profundización de la **extensión de la lectura al ganar ésta espacio entre las mujeres, los niños y los obreros, hacia quienes empezó a constituirse todo un mercado editorial.**

A ello contribuyó el crecimiento de los niveles de alfabetización, la difusión de la enseñanza escolar, la reducción de la jornada laboral, el **abaratamiento de los precios de las publicaciones con el aumento del tiraje, y la puesta a disposición de los lectores de obras escritas de forma atrayente.**

De lo anterior puede indicarse un ejemplo bastante representativo en Francia: hacia 1870, las

ediciones más baratas de las novelas de “ficción científica”, combinada con “aventuras” y descripciones geográficas escritas por Julio Verne, alcanzaron tirajes de hasta treinta mil ejemplares.

En segundo lugar, daremos un ejemplo sobre el mundo del libro, la lectura y los lectores, mostrando por qué leer era efectivamente un placer. Para ello recurriremos al: CAPÍTULO VI DE LA PRIMERA PARTE DEL “QUIJOTE” QUE TRATA **“DEL DONOSO Y GRANDE ESCRUTINIO QUE EL CURA Y EL BARBERO [ACOMPAÑADOS POR LA SOBRINA Y EL AMA DE DON ALONSO QUIJANO] HICIERON EN LA LIBRERÍA DE NUESTRO INGENIOSO HIDALGO”**.

En primer término, llama la atención la ausencia de algunos géneros entre los libros que contenía la biblioteca de don Alonso Quijano, en aquel lugar de La Mancha del que Miguel de Cervantes y Saavedra no quería acordarse.

- Era una biblioteca privada.
- Contaba con más de cien volúmenes.
- **No había ningún tratado de Historia.**
- **Tampoco había ningún devocionario.**
- Varios libros carecían de *cubiertas* en las solapas, por lo que tuvieron que ser “abiertos” por el cura, el barbero, el *ama* y la sobrina de Don Alonso para poder enterarse del título de aquellos.
- Había presencia de traducciones que no eran consideradas satisfactorias.
- La mayoría de los libros mencionados y de autores identificados eran *libros escritos deliberadamente para leer y/o declamar* y no sólo manufacturados para sólo contener y preservar textos.
- El *leer en exceso* se consideraba que podía afectar a quien lo hiciera.
- Había libros de poesía, a los cuales se les atribuía principalmente la culpa, por parte de la sobrina, de la *locura* de su tío, pues él, según ella: *“leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta”*.

A modo de cierre

Hace unos años atrás, en ocasión de una nueva fecha aniversaria del nacimiento del llamado “patriarca de las letras merideñas”, Tulio Febres Cordero (1860-1938), en la sede de la Biblioteca Nacional que en Mérida lleva su nombre y la cual se halla frente a la plaza Bolívar, el historiador Ildelfonso Méndez Salcedo, egresado de la Escuela de Historia de la emeritense Universidad de Los Andes y coautor del *Diccionario de Historia de Venezuela de la Fundación Polar*, comentó que en ese momento, año 2000 tal vez, los tirajes de las ediciones de los libros en Venezuela eran similares a los que hacía Don Tulio, valiéndose de sus propios medios en esta pequeña y aislada ciudad provinciana, de sus libros a comienzos del siglo XX: *un mil ejemplares*.

En la actualidad, según podemos observar, esta situación parece haberse agravado, en el sentido de que, si bien el libro venezolano ha incrementado su oferta en cuanto a títulos y autores —por ejemplo, en la inauguración de la Quinta Feria Internacional del Libro Venezolano (FILVEN 2009) el pasado viernes 13 de noviembre, se anunció que se estaban presentando 250 nuevos títulos; adicionalmente es posible constatar que la editorial del Estado, Monte Ávila Latinoamericana, ha reducido los precios de los libros; es el caso de la cuarta reedición de *El laberinto de los tres Minotauros* del profesor Briceño Guerrero (1994, 1996, 1997 y 2008), la cual ha sido puesta en venta al increíble precio de nueve (9,00) bo-

lívares fuertes— los tirajes, sin embargo, se han reducido a los 500 y 250 ejemplares.

Lo anterior permite terminar esta intervención de esta tarde, con algunas interrogantes, vinculadas en cierta manera con lo asomado en este acercamiento a la historia del libro, la lectura y los lectores:

- ¿Se estará realizando actualmente en Venezuela una *revolución negativa* en la lectura?
- ¿Tendrán responsabilidad en ello las *nuevas tecnologías*, que no son sólo la televisión e Internet, sino también *Facebook* y *Twitter*?
- ¿Carecen, acaso, de atracción, tanto para los viejos como para los nuevos lectores, los *nuevos títulos* que se publican?
- ¿O estará ocurriendo que la lectura se ha convertido apenas en mera obligación escolar para aprobar materias, una forzada actividad académica para ascender en el escalafón universitario (y recibir un incremento de sueldo), elaborar *papers* y poder clasificar en el P.P.I., P.E.I. u otro medio que se implemente como *fomento de la investigación* (y recibir un estipendio monetario adicional al salario); o se ha convertido en secas cifras de éxito o fracaso en el mercado editorial y ha abandonado el territorio del placer?